

La muerte sin sucesión de Carlos II, acontecida el 1 de noviembre de 1700, situaba a la monarquía hispánica en una encrucijada y su destino estaría marcado por la continuidad de la Casa de Austria o por la llegada de la nueva dinastía borbónica. Para el reino de Valencia, la trayectoria absolutista y centralista de la Casa de Borbón constituía un serio peligro para el mantenimiento del sistema parlamentario y confederal que había caracterizado la trayectoria histórica de los reinos de la Corona de Aragón y un no menos desdeñable riesgo para sus intereses económicos, por la dura competencia de los productos galos. Por el contrario, la candidatura del archiduque Carlos representaba no sólo la continuidad dinástica, sino la oportunidad de obtener una mejora en las relaciones entre el rey y el reino, enrarecidas por los avances del autoritarismo monárquico. Además, el apoyo de Inglaterra y de las Provincias Unidas constituía una firme garantía del mantenimiento de los vínculos comerciales tejidos en las últimas décadas con las grandes potencias marítimas. Estaban, pues, en juego poderosos intereses políticos, económicos y sociales.

La designación de Felipe de Borbón como sucesor fue mantenida en secreto hasta la muerte del rey. La ciudad de Valencia, «Cap i Casal del Regne», que había seguido con excepcional interés la evolución de su enfermedad, recibió con verdadera consternación la noticia de su muerte, pero tanto ella como las demás instituciones aceptaron sin aparentes reservas la voluntad real. Sin embargo, desde ese momento, los partidarios de la Casa de Austria se transformaron en disidentes. De hecho, a principios de enero de 1701, antes incluso de la llegada de Felipe V a los reinos de España, hay ya pruebas de la existencia de una corriente contraria a la nueva dinastía, algo que obligó al virrey, marqués de Villagarcía, a extremar la vigilancia. Este panorama se volvió, si cabe, más preocupante por la entrada en escena de un ‘encubierto’ –personaje de reminiscencias agermanadas y mesiánicas– acompañado de la difusión de profecías y pronósticos, lo que dio lugar a un gran revuelo en la ciudad y obligó al virrey a aplicar severos castigos.

Los primeros años del reinado están marcados por el creciente activismo proaustriaco de algunos sectores sociales, sobre todo eclesiásticos, circunstancia que causó verdaderos problemas al gobierno borbónico porque estos colectivos escapaban a la jurisdicción real para depender de sus respectivos superiores, no siempre dispuestos a aplicar represalias y mucho menos a dejarse presionar por los ministros reales. El mismo arzobispo de Valencia, don Antonio Folch de Cardona, fue requerido en diversas ocasiones por Felipe V para que atajara de manera ejemplar las muestras de disidencia de sus súbditos. También los provinciales de las órdenes religiosas fueron amonestados para que impusieran su autoridad en los conventos de la capital. Había además otros colectivos en el punto de mira del virrey, y entre ellos los de algunos gremios, como el de terciopeleros, uno de los más importantes del sector textil y muy castigado por un descenso de los precios y por la competencia francesa, factor este último que afectaba también a sombrereros y zapateros, entre otros. Gente joven, especialmente estudiantes, fue la que protagonizó, en octubre de 1701, la primera manifestación pública de rechazo hacia el Borbón con ataques a casas de france-



Los primeros años del reinado de Felipe V están marcados por el creciente activismo proaustriaco de algunos sectores sociales, sobre todo eclesiásticos, circunstancia que causó verdaderos problemas al gobierno borbónico porque estos colectivos escapaban a la jurisdicción real para depender de sus respectivos superiores, no siempre dispuestos a aplicar represalias y mucho menos a dejarse presionar por los ministros reales. El mismo arzobispo de Valencia, don Antonio Folch de Cardona, fue requerido en diversas ocasiones por Felipe V para que atajara de manera ejemplar las muestras de disidencia de sus súbditos.

Antonio Folch de Cardona, arzobispo de Valencia, 1724. Pintura atribuida a Evaristo Muñoz. Catedral Metropolitana de Valencia.

ses, un hecho considerado gravísimo puesto que además se había aclamado al archiduque Carlos.

Aunque el virrey trataba de minimizar estas manifestaciones por considerarlas propias de «gente sencilla y de inferior clase», lo bien cierto es que también la «gente de razón», aunque más discreta, consumía ávidamente las gacetas de Génova o de Amsterdam, en las que se daba cuenta de la formación de una gran alianza europea contra los Borbón. Es más, destacados personajes de la vida valenciana, como el conde de Cardona, lugarteniente general de la orden de Montesa, recibieron la visita clandestina de emisarios del emperador y el apoyo a la Casa de Austria se fue extendiendo entre todos los sectores sociales por la paralización del comercio a causa de la guerra, así como por los abusos cometidos por los comerciantes franceses e incluso por la ingerencia de Luis XIV en los asuntos internos de la monarquía, dando lugar a algunos y sonados contrafueros y a las correspondientes denuncias por parte de las instituciones valencianas.

La presencia de los aliados en el Mediterráneo y los desembarcos en Altea de 1703 y 1704 contribuyeron a preparar la rebelión, que se inició en Dénia el 18 de agosto de 1705. Poco después, el 16 de diciembre de 1705, Valencia abrió sus puertas a los generales austracistas don Juan Bautista Basset y Ramos y don Rafael Nebot. Todos los testimonios de la época destacan las extraordinarias manifestaciones de júbilo con las que fueron recibidos, especialmente Basset, bautizado en la parroquia de San Andrés y curtido en el servicio a la Casa de Austria en distintos escenarios europeos, quien había sabido ganarse la voluntad de los sectores populares con sus promesas de franquezas y de supresión de los derechos señoriales.

Con la proclamación de Carlos III se iniciaba el gobierno austracista, dirigido por su plenipotenciario el general Basset. Esta primera etapa estará llena de dificultades, derivadas de la fuerte presión popular para eludir la fiscalidad y de la persecución de que fueron objeto los franceses y la nobleza, cuyos bienes fueron saqueados y confiscados. El motín de 28 de diciembre contra estos colectivos conmovió incluso al sector más moderado del austracismo, que no dudó en pedir la intervención del archiduque. Además, Basset tuvo que hacer frente al peligro surgido a principios de enero por la llegada del ejército borbónico para sitiar la capital. Las dos operaciones dirigidas por el general para frenar primero el avance de las tropas y desalojarlas después de las proximidades de los silos de Burjassot no dieron resultado y se saldaron con la pérdida de muchas vidas humanas, pero, a pesar de ello, Basset hizo honor a su reconocido prestigio como ingeniero militar con un excelente trabajo de fortificación y defensa de la capital, para el que contó con la ayuda de las milicias llegadas de todo el país. Gracias a ello y a la falta de medios del ejército borbónico, la ciudad de Valencia y todo el reino pudieron salvarse por entonces del destino fatal que les esperaba en el caso de que las tropas hubieran conseguido su objetivo. En efecto, las instrucciones que Felipe V había librado a su comandante, el conde de las Torres, incluían las medidas a tomar cuando se recuperara Valencia y que no eran otras sino las de declarar en suspenso los Fueros y Privilegios de la Ciudad y Reino y remitirlos a la benignidad del rey –en el caso de llegar a una capitulación– o la de ignorarlos por completo si fuera necesario el uso de la fuerza. El conde, que aspiraba a pasar a la historia al lado de Hernán Cortés gracias a la conquista de Valencia, vio como se desvanecían sus sueños de gloria con la llegada de tropas procedentes de Cataluña.



La capital del reino quedó a merced de los acontecimientos y la victoria borbónica en Almansa de 25 de abril de 1707, aunque no significaba el fin de la guerra, marcará de forma trascendental el futuro de los valencianos. Las noticias sobre el resultado de la batalla llegaron a Valencia apenas dos días después y provocaron una auténtica consternación, agravada por el lastimoso espectáculo que ofrecían los numerosos soldados aliados que habían podido huir del campo de batalla y se dirigían al Grao para embarcarse hacia Cataluña.

La batalla de Almansa, 1709. Obra de Buonaventura Ligli, depósito del Museo Nacional del Prado en el Palau de les Corts Valencianes. Inv. PO2492.

En los primeros días de febrero de 1706, con la presencia del general aliado conde de Peterborough y el nombramiento de virrey a favor del conde de Cardona, la ciudad de Valencia dejó atrás el populismo de Basset para dar paso a un gobierno moderado que, no obstante, tuvo que enfrentarse a nuevas dificultades, como las derivadas del alojamiento del ejército en las casas de los vecinos o la requisita de caballos, con las consiguientes protestas. Las necesidades militares obligaron también al gobierno municipal a realizar un gran esfuerzo económico con grave quebranto de la *Taula de Canvis*, cuyos depósitos fueron utilizados para cubrir tantos gastos extraordinarios. Tampoco la vida ciudadana se vio exenta de tensiones por las manifestaciones contra los *botiflers* y especialmente por la protesta desencadenada a raíz de la detención de Basset, el héroe popular, acusado de haber cometido irregularidades en su etapa de plenipotenciario y en sus posteriores actuaciones militares.

Pero, sin duda, el gran acontecimiento de este periodo fue la llegada a Valencia del archiduque Carlos y el juramento de los fueros, realizado en la



catedral el 10 de octubre de 1706, algo que Felipe V había eludido a pesar de las disposiciones forales. La presencia del rey animó la vida de la capital, convertida en la corte de Carlos III y sede de los consejos de gobierno y de las representaciones diplomáticas y militares de los países aliados. No obstante, la vista estaba puesta en los movimientos del ejército borbónico y en el resultado de la inmediata campaña, razones que obligaron al rey a abandonar Valencia el 7 de marzo de 1707 para trasladarse a Barcelona.

La capital del reino quedó a merced de los acontecimientos y la victoria borbónica en Almansa de 25 de abril de 1707, aunque no significaba el fin de la guerra, marcará de forma trascendental el futuro de los valencianos. Las noticias sobre el resultado de la batalla llegaron a Valencia apenas dos días después y provocaron una auténtica consternación, agravada por el lastimoso espectáculo que ofrecían los numerosos soldados aliados que habían podido huir del campo de batalla y se dirigían al Grao para embarcarse hacia Cataluña. Tras ellos llegaron las tropas del duque de Berwick, dispuestas a obtener la capitulación sin resistencia y sin condiciones, aunque

No sin dificultades y con la amenaza de las represalias del ejército, la ciudad de Valencia volvió a la obediencia de Felipe V el 8 de mayo de 1707. Tres días después el duque de Berwick anunciaba la supresión de los fueros y privilegios de la ciudad y del reino, confirmada por el Decreto de abolición de 29 de junio de 1707.

Decreto de abolición de los fueros de los reinos de Valencia y Aragón. Archivo del Reino de Valencia, Real Acuerdo, libro 1, fol. 158-159.

hubo un conato de rebelión cuando el 6 de mayo llegó un trompeta al portal de Quart para intimar la rendición. No sin dificultades y con la amenaza de las represalias del ejército, la ciudad de Valencia volvió a la obediencia de Felipe V el 8 de mayo de 1707. Tres días después el duque de Berwick anunciaba la supresión de los fueros y privilegios de la ciudad y del reino, confirmada por el decreto de abolición de 29 de junio de 1707. La respuesta de los valencianos no se hizo esperar y fueron los más significados borbónicos los que acordaron elevar al rey un memorial de rechazo a una medida que ponía fin al sistema de gobierno implantado por Jaime I casi cinco siglos atrás. La orden de encarcelamiento de los artífices del memorial cerró la vía política pero dejó abierta la de una nueva rebelión. Sin embargo, la presencia del ejército y la construcción de una ciudadela destinada a dominar la ciudad frustraron una nueva sublevación austracista en 1710. Los tratados de Utrecht y Rastatt de 1713 y 1714 pusieron fin a la guerra y sancionaron los cambios introducidos.

Los conflictos de finales del Antiguo Régimen

[MANUEL ARDIT LUCAS –UVEG–]

A finales del siglo XVIII, concretamente entre 1793 y 1801, la ciudad de Valencia fue el escenario de graves conflictos sociales. Éstos fueron consecuencia del impacto de la Revolución francesa, especialmente las guerras exteriores que estallaron a consecuencia de ella. Pero también estuvieron influidas por la crisis económica de fin de siglo. El deterioro de la situación económica fue en parte consecuencia de estas guerras, en especial por las dificultades que plantearon al comercio marítimo, sobre todo con las colonias americanas y especialmente México, principal mercado de los tejidos de seda valencianos. Sin embargo en otros aspectos la crisis se arrastraba desde antes de 1789, año inicial de la Revolución francesa. La sedería valenciana venía padeciendo dificultades desde los años setenta y ochenta del siglo XVIII, pero las guerras de la Revolución agravaron mucho esta situación de crisis económica. La monarquía española estuvo casi en guerra constante entre 1793 y 1814, año final de la guerra de la Independencia. Primero fue la guerra contra la Convención francesa (1793-1795). Después, tras el tratado de San Ildefonso, que selló la alianza entre España y la República Francesa, dos guerras contra Inglaterra, entre 1796-1802 y 1804-1808 y, finalmente, la guerra contra la Francia napoleónica de 1808-1814.

Todos los sectores económicos valencianos que de un modo u otro dependían del comercio exterior atravesaron grandes dificultades, pero el que más sufrió fue el sector artesanal sedero. Muchos telares quedaron paralizados y muchos maestros, junto con sus oficiales y aprendices, sin trabajo. Para remediar esta situación las autoridades valencianas tomaron una serie de medidas. En 1794 se dieron licencias para mendigar a los artesanos sederos y se les proporcionó alguna atención, aunque insuficiente, en la Casa de la Misericordia. Entre 1798 y 1801 se adoptaron disposiciones de mayor envergadura, entre ellas nuevos repartos gratuitos de comida. El año 1798 la Sociedad Económica de Amigos del País creó incluso una sociedad por acciones para financiar estas atenciones a los artesanos en paro. En 1801 se